

RECUERDO DE ALFONSO CASTRO

Escribe: MANUEL JOSE JARAMILLO

En la sociedad de Medellín y en el ambiente literario de Antioquia, perdura el recuerdo de Alfonso Castro. Fue este hombre una figura de relieve. Su nombre se destaca en el grupo de escritores de *la montaña*, que con Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón, hicieron de Medellín un lugar de vanguardia en las letras colombianas.

Fue además de escritor un médico eminente, un profesor universitario y un brillante hombre de sociedad.

No hace mucho la familia del doctor Castro publicó un libro con algunas de sus mejores páginas de la última época. La aparición de este libro titulado *Cuentos y ensayos*, actualiza la personalidad del autor cuya labor literaria ha sido estudiada y discutida por los críticos. A Castro se le ha combatido en ocasiones pero son más las veces en que se le han reconocido predicados muy raramente concedidos a sus contemporáneos. Algunos comentaristas lo han catalogado entre los clásicos de la novela terrígena antioqueña al lado de Efe Gómez, Carrasquilla, Latorre y Rendón.

Por lo demás puede asegurarse que la literatura de Alfonso Castro resiste aún la prueba del tiempo en los dos aspectos principales: la fachada y el interior. En lo que hace al primer aspecto puede decirse que no era Castro, propiamente, un estilista, pero es incontestable que las construcciones de sus obras son sólidas, sencillas y técnicas. En lo tocante al interior la obra está viva, está en pie y parece avanzar como en sus mejores tiempos contra todo lo falso y convencional de la sociedad. Tal vez la única filtración que pudiera exponer la solidez, ya reconocida, de la forma de Castro, es cierto énfasis en la exposición de su crítica, lo que viene a darle a la atmósfera de la obra cierto tinte vagamente herrumbroso. Debe anotarse que Castro, a veces, se excede en el empleo de ingredientes científicos, sin llegar, claro está, al cientificismo literario. Hace algunos años, cuando apareció una de sus novelas más conocidas, alguien dijo que ese libro no era propiamente una novela sino un tratado de obstetricia.

Tal tendencia llega casi a convertirse en un error de perspectiva, de quien siendo, como él lo fue,

facultativo, buscaba llevar a la novela deliberaciones de carácter científico. Esta falta no es solo de Castro como vino a advertirse más tarde en las novelas de algunos autores de categoría universal, como Thomas Mann, para no citar otros. Lo anotado es solo un detalle que no alcanza a desvirtuar el conjunto. El escritor Castro queda en su base, dueño todo de calidades esenciales, atafagado de recursos, con todas las riquezas de una imaginación amplia y todos los demás elementos competentes de la novela; la inventiva, el interés, la vida de los caracteres, con lo cual se puede comprobar ahora la destreza del maestro en estos ingredientes hay otros en la literatura de Castro. Por el cauce de su prosodia caudalosa bajan leños y plantas de una vasta naturaleza poética.

Castro, sobre todo, fue uno de los maestros del cuento nacional como puede verse en algunas de sus páginas: *El Alfiler de Oro*, *Un Sansón Montañés*, *En el Golfo*, etc. Tales obras pueden figurar al lado de las de Tablanca, Efe Gómez, Arias Suárez, José Restrepo Jaramillo, Adel López y aún cerca de las de Quiroga, Javier de Viana, García Calderón y Tomás Carrasquilla, en una antología del cuento hispanoamericano.

Pero todo esto no alcanza a medir la personalidad de Alfonso Castro. Fue él, en uno de sus varios aspectos, un hombre considerable del mundo. Su estilo, su gracia, su agilidad espiritual se ramificaban en muchas direcciones, desde el lado de la ética profesional que lo llevaba elegantemente a condescender de las debilidades y deformaciones del prójimo hasta

el campo personal de un orgullo congénito de gran personaje. Este orgullo asomaba espontáneamente en sus actitudes, en sus gestos, en ciertos gustos y particularidades intelectuales de tipo novelesco, a lo Des-Esseintes, esa especie de turista de la geografía del lujo en todas sus formas. Estas y otras características distinguían y destacaban a Alfonso Castro por encima de la generalidad de sus conciudadanos y sus colegas.

Como todos llegaron a reconocerlo, Castro fue una lección de buen gusto que nadie, en un principio, entendió en su medio. Y más que un maestro de la literatura fue un canónigo de la conversación, dueño de una voz amplia, baritonante. Cuando él hablaba se ponían a oírlo todas las especies de las tertulias literarias, de los salones sociales, de las redacciones, de los centros académicos y universitarios. Nadie podía sustraerse al infljo de sus opiniones sobre arte, sobre la política, sobre el teatro, sobre los deportes, sobre los libros. Con esto y todo no podría justamente decirse —como ya lo anotamos— que las condiciones literarias aparezcan desniveladas por las facultades del conversador.

Como escritor ofrece Castro condiciones admirables. Sus libros plantean problemas, señalan deformaciones, establecen una crítica de gran alcance, incorporan el sentido docente. No es fácil encontrar todos los días personalidades como esta, dotadas de tantos aspectos. Castro era múltiple: novelista, conferencista, parlamentario, profesor de clínica interna, médico eminente, deportista, lector incansable, tertulio de las redacciones, perio-

dista, fundador de instituciones sociales. En este campo de la actividad múltiple algunos escritores nuevos se asemejan a él, pero son contados en los dedos de una ma-

no: Jorge Rojas, Gaitán Durán... De Alfonso Castro en todo caso se puede decir que el escritor no da la medida total de su personalidad. Es solo un lado de ella...

intelectuales de tipo novelador, a lo Dec-Escandinos, esa especie de lista de la geografía del libro en todas sus formas. Bajas y otras características dialécticas y des- tacionan a Alfonso Castro por su- cina de la generalidad de sus con- tribuciones y sus cosas.

Como todos llegaron a resaca- cogió Castro que una lección de buen gusto que nadie en su gran- dioso mundo en su mundo. Y así que un maestro de la historia- fue un cambio de la conversa- ción, hecho de una vez aunque pa- rtiendo. Cuando él habla se porta a otro todo las expresio- nes de las bellas historias, de los autores sociales, de las redaccio- nes, de los centros académicos y universitarios. Nada de los tra- tados al fondo de sus opiniones sobre arte, sobre la política, sobre el teatro, sobre los deportes, sobre los libros. Con esto y todo no va a la izquierda— pero las condiciones literarias aparecen desarrolladas por las facultades del conversa- dor.

Como escritor único Castro con- diciona administrativamente. Sus libros plantean problemas, resacas de- terminadas, establecidas con orden de gran alcance, incluyendo el sentido humano. No es fácil encontrar todas las ideas desarrolladas como esta- detalla de tanto espacio. Castro era un escritor novelista, confon- dente, polivalente, profesor de ciencias humanas, médico en arte, teórico, lector, investigador, par- ticipante de las redacciones, partici-

los autores de categoría univer- sal, como Thomas Mann, para no citar otros. Lo notable es solo un detalle que no alcanza a desarrollar el conjunto. El escritor Castro queda en su país, dueño de todo de calidades esenciales, atalajado de recursos con todas las riquezas de una amplitud amplia y la- dos los demás elementos compen- tes de la novela; la inventiva, el interés, la vida de los personajes con lo cual se puede conquistar ahora la destina del mundo en estos procedimientos muy otros en la literatura de Castro. Por el caso de su profunda personalidad baja- dos y plantea de una vasta esfera de acción política.

Castro quiere todo, una vida de la historia del mundo material como puede verse en algunos de sus poemas: El Mundo de los La Humanidad, por el de- for, tales otros pueden leer- rar al lado de las de Tiberio. Este poema, Armas Suaves, los Hermano Jararilla, Así lo que y aún otros de las de Guirgu, la- vior de Yviana, García Caldeira y Tomás Carrasquilla, es una ante- toma del mundo internacional.

pero todo esto no alcanza a me- dir la personalidad de Alfonso Castro. Fue él, como de sus ya- tes escritor, un hombre comen- talde del mundo. Su estilo, su tra- ba, su actividad, espiritual, se refle- jaban en muchas direcciones, desde el lado de la ética, políti- cal, que lo llevaba de los elementos a comprender de las debilidades y heterogeneidad del mundo hasta